This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

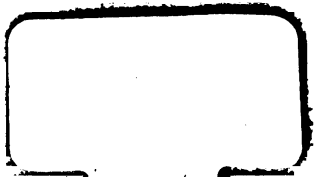
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 462980 DUPL

PROPERTY OF
University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS



TIQUIS MIQUIS

CARTA EN LA CUAL SE HABLA

DE MÁS DE DOSCIENTOS

PERSONAJES PROVERBIALES

POR

LUIS MONTOTO

MADRID.
LIBRERIA DE FERNANDO FE.
Carrera de S. Jerónimo 2.
—
1890.

TIQUIS MIQUIS

TIQUIS MIQUIS

AL LICENCIADO

Don José Gestoso y Pérez

CARTA EN LA CUAL SE TRATA
DE MAS
DE DOSCIENTOS PERSONAJES PROVERBIALES

POR

LUIS MONTOTO y Rautenstrauch

MADRID.
LIBRERIA DE FERNANDO FÉ.
Carrera de S. Gerónimo núm. 2.

1890.

860.9
M812ti

Todos los derechos reservados.

Dlr
Sanchez
11.16453

5242

SEÑOR MIO:

PERMITA Vmd. que mortifique su atención con esta carta, semillero de preguntas y patente de mi curiosidad enojosa.

Es el caso, señor Licenciado, que ha tiempo vengo buscando los orígenes de muchas expresiones proverbiales desperdigadas por las obras de autores insignes, y, esto es lo triste, no los encuentro por más que me doy de calabazadas y ahincadamente los persigo.

Desesperando de mi empresa, á punto estuve de abandonarla, cuando he aquí que me vino á las mientes la peregrina ocurrencia de ampararme de Vmd.; que fué tanto

como cogerme á tabla salvadora en el naufragio de mis inútiles disquisiciones.

Consulté con un mi amigo, que lo es también de Vmd., y me decidió á que enristrase la pluma, por el ocio enmohecida, y le escribiese estas letras, cierto, según él, de que no me quedaría como el personaje del cuento, aquel buen hombre que estaba á media correspondencia con S. M., porque escribía á menudo al Rey y el Monarca no le contestaba.

He vacilado no poco antes de dar oídos á las palabras de mi consejero. De una parte poníanseme delante de los ojos la pequeñez y la insuficiencia de mi personalidad literaria, y la grandeza y la notoriedad merecida de la de Vmd.; y consideraba que si las cartas son como las palabras, que se toman según de quien vienen, Vmd. tomaría las mías por gracias de Mari-Angola, para hacer de ellas el mismo caso que de los cuentos (que no las coplas) de Calainos. Pensaba de otra parte, que Dios no le dió inteligencia para que de ella se sirva el primer hijo de vecino que á bién lo tenga; porque la inteligencia es caudal propio y no como los bienes *nullius*, que

son de quien los ocupa, ó como las tierras de capellanía, de las que todo bicho viviente hace mangas y capirotes. Dios le dió inteligencia; Vmd. ha ganado honradamente conocimientos preciosos, y de la una y de los otros dispone á su talante, distribuyéndolos en la medida y en el número que quiere y entre quienes quiere, y no á quien se los pide sin razón derecha. Se me alcanzaba, también, que sería aspirar á mucho pretender que Vmd. contestara mis cartas; porque, contestándolas, se verificaría lo del trueque de Juan Mocoso, que dió corales por escaramujos.

Estas y otras muchas razones tuvieron suspensa mi pluma sobre el tintero durante largos días, y al cabo de ellos pudieron de mí más las palabras con que mi amigo me alentaba y mi propio deseo, que las meticulosidades que me habían hasta entonces enfrenado: y es, que á la postre, si la voluntad arraiga en el hombre, éste se sale con la suya, aunque de él se diga «arremangose Morilla y comiéronla los lobos.»

Dicho lo que escrito queda, parte en mi

descargo, y parte á cargo de mi amigo, dígnese Vmd. de leer con paciencia esta carta, que no tiene nada de faceciosa, y de proveer á mi curiosidad impertinente.

Para hacer boca, como suelen decir, empiezo preguntando á Vmd. ¿De dónde tomó origen la frase *el peregil de Juan de Mena*, modo de hablar de que usamos para significar haberse hecho una cosa con grande brevedad? ¿Qué peregil es ese, señor Licenciado? ¿Quién fué el Juan de Mena que lo hizo célebre? ¿Alude la frase á el autor de *El Laberinto*, ó esos son otros López?

Para encarecer algunas maldiciones, decíase en otros tiempos: «Esas son *las maldiciones de Salaya.*» ¿Cuáles maldiciones fueron esas, y qué se sabe de Salaya?

¿Podrá decirme Vmd. si la frase *La Salsa de San Bernardo*—como escribe Caro y Cejudo—ó *La sopa de San Bernardo*—como dicen otros—dá á entender que para que sepa bién cualquier manjar que carezca de substancia ó del condimento requerido, no hay cosa como tener buen apetito, ó haber perdido el paladar; y si—como sospecha Sbar-

bi – alude á lo que se cuenta en la vida del Santo, tocante á que en cierta ocasión estuvo comiendo por espacio de bastantes días sebo ó unto muy rancio que le pusieron por equivocación en lugar de manteca, sin haberlo echado de ver hasta que se lo dijeron?

Leo en *El Escudero Marcos de Obregón* (Descanso XVII): «Pero tornando á lo primero, ¿por qué pensais, le dije, que dicen ordinariamente *nunca falta un Gil que me persiga*?» Sigo leyendo y me quedo con las ganas de saber por qué lo dicen. ¿Puede Vmd. decírmelo? Entre los refranes ó proverbios castellanos traducidos en lengua francesa por César Oudín (París. MDCLIX) encuentro éste, que se refiere al Gil en cuestión: «Yo estoy como perro con bexija, que nunca falta un Gil que me persiga.»

¿Sabe Vmd. algo del *parto de Pelaya*, citado por el Doctor Gerónimo de Alcalá en el Cap. VII de *El Donado Hablador*? ¿Qué noticias tiene de *María de Peñaranda, la barbuda* y *de Juan de las Calzas blancas*, á quienes también cita el propio Doctor y en dicha obra á los Capls. IV y VII?

¿Quiénes fueron los de Rojas, que debieron ser muchos cuando se dice *Son más que los de Rojas?*

¿Quién fué el *Rodrigo* proverbial por su orgullo en la horca?

Dícese vulgarmente *Tiene más orgullo, ó vanidad, que don Rodrigo en la horca* y muchos creen que la frase alude al célebre Marqués de Siete Iglesias, don Rodrigo Calderón, el cual, como es sabido, murió en el cadalso á 21 de Octubre de 1621, habiéndosele hecho 230 capítulos de acusación, entre ellos la ingratitud para con sus padres, y el envenenamiento de la Reina Margarita. De su muerte escribió don Francisco de Quevedo en los *Grandes Anales de quince días*, que todos admiraron su valor y entereza, y cada movimiento que hizo le contaron por hazaña; «porque murió no solo con brio sino con gala, y (si se puede decir) con desprecio». Y añade el gran don Francisco: «No tuvo el cadalso luto ninguno; antes habiendo cubierto la silla, dió orden que se quitase. Viendo algunos tan robusta valentía dondenunca la prosumieron, decían que como

había endurecido el ánimo en crueldades y con delitos que tenían prevenidos mayores tormentos, no extrañó la muerte. Otros que se llegaban, sino más á la piedad, á la razón, dijeron que como él esperaba por su condición, por su vida, por sus delitos, el castigo anticipado en la violencia del pueblo, y halló lágrimas y ruegos y aclamación general, se alentó con esfuerzo honroso y agradecido. Y concuerda con lo que él dijo á sus confesores cuando salió para ponerse en la mula, donde confesó que se sentía muy flaco de cuerpo y alma, y luego oyendo la gente, dijo: —¿Esta es la afrenta? Esto es triunfo y gloria.—Y dió á entender que lo tuvo por tal; y así lo atestiguan los ojos que le vieron y le lloraron.»

Don Aureliano Fernández Guerra y Orbe, anotando el pasaje copiado, dice: «Anduvo tan en puntos en el cadalso, recelando no le degollasen por detrás, con mengua de su linaje, que lo advirtió al verdugo. Nació de aquí el refrán castellano *Anda más honrado que don Rodrigo en la horca* que otros vuelven *Tener más orgullo que don Rodrigo*

en la horca.» A mayor abundamiento, don Modesto de Lafuente (Historia General de España, Parte III, lib. IV, cap. I.) escribe:

«Murió, dice un testigo que podemos llamar ocular, no solamente con brío, sino con gala, de donde vino el refrán castellano, *Andar más honrado que don Rodrigo en la horca.*» Finalmente, el Doctor don Francisco V. Bastús escribe, al explicar la frase proverbial *Con más vanidad que don Rodrigo en la horca*, que éste don Rodrigo fué un célebre y osado capitán español (el Marqués de Siete Iglesias) que desde la cumbre del poder se estrelló en el cadalso el año 1.621.

¿Fué este el origen del proverbio? El erudito escritor don Julio Monreal advierte, que antes de nacer don Rodrigo Calderón existía ya en castellano el refrán, concebido en estos términos: «*Tiene más fantasía que Rodrigo en la horca,*» el cual se encuentra en el libro intitulado *Laurentii Palmireni. De vera et facile imitatione Ciceronis, cui aliquot opuscula studiosis adolescentibus utilissima adjuncta sunt, ut sequenti pagella cognosces Cœsaraugusta 1560;* y añade, que la coincidencia que

existe entre el texto del refrán y lo acontecido con don Rodrigo Calderón, debió ser causa de que, andando el tiempo, se creyera originado en el fin trágico del puntilloso marqués, que en el momento de ser degollado advirtió al verdugo Pedro de Soria, que no lo ejecutase por la espalda, pues no moría por traidor.

Es claro que otro fué el Rodrigo del refrán primitivo, por el cual pregunto á Vmd., sin que yo dude de la verecidad de don Modesto de Lafuente; por que bién pudo decirse, á contar del suplicio del Marqués, *Andar más honrado que don Rodrigo en la horca*, y bién pudo también haberse dicho antes, aludiendo á otro Rodrigo, que en tan mal trance se vió/*Tiene más fantasía que Rodrigo en la horca*; como se ha dicho luego (*Estebanillo González.* Cap. II)/*Con más gravedad que Perico en la horca.*/

Del hombre que á su placer, sólo por capricho, dá y quita reputaciones, ora ensalzando, ora deprimiendo, se dice que se parece á *El Cura de Medina*, de quien es fama que cada tres domingos ponía y quitaba re-

yes en Castilla. De este cura, famoso un tiempo, sólo sé lo que refiere el insigne obispo de Mondoñedo don Antonio de Guevara.

«Es el caso, que en un lugar que se llama Medina, que está bajo la palomera de Avila, había allí un clérigo vizcaino medio loco, el cual tomaba tanta afición á Juan de Padilla, que el tiempo de echar las fiestas en las Iglesias, las echaba de esta manera: Encomiendoos, hermanos míos, un Ave-María por la santísima Comunidad; porque nunca caiga: encomiendoos otra Ave-María por su Majestad del Rey Juan de Padilla; porque Dios le prospere: encomiendoos otra Ave-María por su Alteza de la Reina nuestra señora doña María de Padilla; porque Dios la guarde: que á la verdad estos son los reyes verdaderos, que todos los de aquí eran tiranos. Duraron estas plegarias póco más ó menos de tres semanas, después de las cuales pasó por allí Juan de Padilla con gentes de guerra, y como los soldados que posaron en casa del clérigo le bebiesen el vino, le matasen las gallinas y le comiesen el tocino, dijo en la Iglesia luego el siguiente domingo: Ya sa-

beis, hermanos míos, como pasó por aquí Juan de Padilla, y como sus soldados no me dejaron gallina, y me comieron un tocino y me bebieron una tinaja: dígolo porque de aquí adelante no rogueis á Dios por él, sino por el Rey don Carlos y por la Reina doña Juana; que son los reyes verdaderos, y dad al diablo estos reyes Toledanos.»

De la persona que promete mucho á otra mientras espera de esta algún beneficio, y, logrado, no cumple lo prometido, he oído decir algunas veces, que se parece á *El Deán de Santiago*. Nadie, por más que pregunté con insistencia, supo darme razón de tal personaje. Leí, afortunadamente, *El libro de Patronio ó de los Exemplos*, y supe cual fué el caso famoso de El Deán de Santiago y *de don Illan de Toledo*, caso que á la lijera voy á referir, aunque Vmd. lo sabe al dedillo, por si, lo que bien puede suceder, esta carta, antes de llegar á sus manos, cae en otras pecadoras y el autor de la falta ignora el suceso.

Cuenta don Juan Manuel, que en Santiago había un deán «que avia muy grant taante de saber el arte de la nigromancia; te

loyó dezir que don Illan de Toledo sabía ende más que ninguno que fuesse en aquella sazón, et por ende vínose para Toledo para aprender de aquella sciencia». Fué á casa de don Illan é hízole su demanda. »Don Illan dixol' quél era dean et ome de grand guisa, et que podia llegar á gran estado, et los omes que gran estado tienen, de que todo lo suyo an librado á su voluntad, olvidan mucho ayna lo que otrie á fecho por ellos, et él que se recelava que de que él oviese apprendido dél aquello quél queria saber, que non le faría tanto bién como él le prometía. Et el deán le prometió et aseguró que de qualquier bien que él oviesse que nunca faría sinon lo quél mandasse; et en estas fablas estudieron desque ovieron yantado fasta que fué cerca de cena». Prestóse el de Toledo á enseñar la nigramancia al deán, y antes de dar principio á la enseñanza «llamó á una manceba de su casa et dixol, que tuviesse perdices para que cenasse essa noche, más que non las pusiessen á assar fasta quél gelo mandasse». En esto recibió el deán la nueva de la muerte del arzobispo su tío, y,

días después, la buena noticia de haber sido él elegido para el arzobispado. Don Illán rogóle entonces que el deanato que vacaba lo diese á su hijo; pero el nuevo prelado se excusó con haber de darlo á un su hermano. Fué luego nombrado obispo de Tortosa, y don Illán le pidió el arzobispado para el mismo su hijo; contestándole aquel, que había de darlo á un su tío, hermano de su padre. Corriendo el tiempo, el deán ascendió á la dignidad cardenalicia, y «entonce fué á él don Illán et dixol' que pues tantas veces le había fallescido de lo que con él pusiera, que ya que non avía lugar del' poner excusa ninguna, quel' diesse alguna de aquellas dignidades á su fijo». Otra vez se excusó el deán con haber de dar el arzobispado á un su tío, hermano de su madre. Finalmente, el deán fué elegido Papa. «Entonce fué á él don Illán et dixol' que ya non podía poner escusa de non cumplirlo quel' había prometido. El Papa le dixo que non lo afincasse tanto, que siempre habría lugar en quel' fisiesse merced, según fuese razón». Dolióse mucho don Illan, y sus quejas ofendieron grandemente al nue-

vo Papa: despidióse de él, y él no le dió para que comiese por el camino. «Entonce don Illán dixo al Papa que pues ál non tenía de comer que se avía de tornar á las perdices que mandara assar aquella noche: et llamó á la mujer et dixol' que assase las perdices. Quanto esto dixo don Illán, fallose el Papa en Toledo deán de Santiago, como lo era cuando y vino, et tan grand fué la vergüenza que ovo que non sopo quel' dezir»

Sospecho, señor Licenciado, que éste es el deán á quien se alude en la frase *Parecerse al Deán de Santiago*; y agradeceré á Vmd. me diga si sabe de otro de la misma laya.

Ya que he traído á colación el libro famosísimo de don Juan Manuel, quiero hacer otras preguntas á Vmd.

Refiere *Patronio* «lo que contesció á una muger quel' dizien doña Truhana, et era assaz más pobre que rica; et un día yva al mercado et levava una olla de miel en la cabeça. Et yendo por el camino, començó á cuydar que vendiera aquella de miel et compraría una partida de huevos, et de aquellos huevos nazçerían gallinas, et después de

aquellos dineros quel' valdrían, compraría ovejas; et así comprando, de las ganancias que faría, fallose por más rica que sus vezinas. Et con aquella riqueza que ella cuydaba que avía, asmó como casaría sus fijos et sus fijas, et cómo yría aguardada por la calle con yernos et con nueras; et cómo dirían por ella cómo fuera de buena ventura en llegar á tan grant riqueza, seyendo tan pobre, como solía seer. Et pensando en esto, comenzó á reyr con grand placer que avía de la su buena andança, et en riendo, dió con la mano en su frente, et entonce cayól, la oya de la miel en tierra et quebrose. Quando vió la olla quebrada, començó á fazer muy grant duelo, toviendo que avía perdido todo lo que cuydaba que avría, si la olla no se quebrara. Et porque puso todo su pensamiento por fiuza vana, non se fizo al cabo nada de lo que ella cuydaba».

Como vé el lector más miope, esta doña Truhana es la lechera de la fábula, ó para decir mejor, el símbolo del pensamiento representado por la inmortal figura de la lechera del cántaro roto. Y pregunto á Vmd:

¿La fábula de doña Truhana, ó de la lechera, á cual literatura pertenece? ¿Habrá que acudir, para llegar á la fuente de la fábula, á la literatura de los pueblos indo-orientales? De todos modos, símbolo por símbolo, tengo por más española á doña Truhana, que á la lechera; y de aquí en adelante, siempre que quiera dar á entender con una frase lo falible de los sueños humanos, no diré «esas son las cuentas de la lechera», sino «esas son las cuentas de doña Truhana».

¿Vmd. ha oído hablar de *Bartolillo de Pontevedra*? Don Francisco de Quevedo, en la «censura del papel que escribió don Francisco de Morovelli de Puebla, defendiendo el patronato de Santa Teresa de Jesús,» dice: «Tomais de vuestras verdades no más de lo amargo, y de vuestras mentiras lo vil, y así venís á ser como *Bartolillo de Pontevedra*, que siendo su padre cojo y su madre tuerta, nació él con entrambos defectos» ¿Cita á Bartolillo otro autor demás de don Francisco? ¿Podemos colocar el retrato de aquella buena alhaja en la galería de personajes proverbiales que ilustran la historia de España?

¿Figuraría dignamente al lado del sastre del cantillo, ó del Campillo—como dicen otros, pariente muy cercano del sastre de Piedra Albas, del alfayate de la Encrucijada, del sastre de la Adrada, que ponía el hilo de su casa, y de la costurera de Miera, que ponía trabajo y seda; de Marimoco, famosa por su hebra, con la que cosió siete camisas y le sobró un poco; de los desposados de Hornachuelos, de quienes se cuenta que ella lloraba por no irse con él, y él por no irse con ella; del gaitero de Bujalance, á quien se dá un maravedí para que toque y dos para que calle, ó, como decían nuestros abuelos, un maravedí porque tanga y diez porque acabe; de Juan Hurtado, dueño del gato que se comió la olla y se revolcaba en la ceniza; de Juan Pascual, aquel que ya era muerto cuando vino el orinal; del Escudero de Alba, famoso por sus calzas; de Juan Ramos, el de la gata que luego fué de Mari-Ramos; de Sancha, de la que reza el adagio «Sancha, Sancha, bebes el vino y dices que mancha»; de Mari-Rabadilla y sus hijos; del tamborilero de Bodonal, que tocando, tocando, se le ol-

vidó tocar, como al herrero de Fuentes, machacando, se le olvidó el oficio, caso parecido al del herrero de Quintanapaya é idéntico al del herrero de Mazariegos, el cual herrero no tiene que ver nada con aquel otro de Arganda, «que él se lo fuella, él se lo macha y él se lo lleva á vender á la plaza? ¿Vale menos el de Pontevedra que don Gonzalo, en cuya casa más puede la gallina que el gallo; Mari-Parda, por quien se dijo «de estos casamientos que Mari-Parda hace, á unos pena y á otros place»; Carranza, que no sé si á estas horas habrá envainado, aunque es de presumir porque muchas veces le decimos «envaine usted, señor Carrranza»; el abad de Bamba, que lo que ha de comer dalo por su alma; el adivino de Marchena, que corre parejas con el adivino de Valderas; el cura de Almonjía, que quería casorio y capellanía; Juan de Coca, el del dicho célebre; Gómez, tacaño si los hay, de quien se dijo «hacino sodes Gómez, para eso son los hombres»; el hidalgo (ó el Escudero, según la Academia) de Guadalajara, que de lo que promete á la noche no hay nada á la maña-

na; don Lope, de quien sus padres decían «este nuestro hijo don Lope, ni es miel, ni hiel, ni vinagre, ni arrope»; don Santos, que promete escabeche y paga con ajos, y Marta la piadosa, que mascaba la miel á los enfermos?

No hay justicia en la tierra si no colocan en lugar preferente á Bartolillo de Pontevedra, y si la hay será como la de Peralvillo, ó, mejor dicho, como la de Almudévar. Y por si Vmd. ignora de donde viene el dicho *la justicia de Almudévar*, lea lo que escribió autor anónimo (tengo para mí que el tal fué don Braulio Foz) en la historia del famoso *Pedro Saputo*. (a) Habla del herrero de Almudévar, y dice:

«El herrero un día se enfureció con la mujer, porque le llevó el almuerzo frío; y tomando un hierro que estaba caldeando en la fragua se lo metió por la boca y la garganta, expirando la infeliz en brevísimo rato.

(a) Vida de Pedro Saputo, natural de Almudèvar, hijo de una mujer, ojos de vista clara y padre de la agudeza. 1.ª edic. Zaragoza. Imprenta de Roque Gallifa, 1848.

Era el herrero hombre muy estrafalario, bozal, nunca seguro y de muy rudas chanzas, porque es de advertir que todo lo hacía riendo. La pobre de su mujer pasaba mucho trabajo con él, porque sin más causa ni motivo que antojársele darle de palos, le daba; mesarle los cabellos, se los mesaba; hacerla dormir en el suelo, desnuda y sin ropa en el invierno, la hacía dormir ó acostarse así por lo menos; ofrecerle como por cariño un bocado con la cuchara, se lo ofrecía y al tiempo que abría la boca se lo tiraba á la cara ó en el seno. Otras veces, cogía un cuchillo, y haciéndola echar y poniéndole el pié en el cuello jugaba á degollar el carnero ó el cochino, ó concluía levantando el brazo y diciendo: *quien como Dios*. Otras la ataba los brazos al cuerpo y luego las piernas en uno, y la hacía rodar por el cuarto y tal vez por la escalera. Pero esta burla que quiso hacer con el hierro de la fragua superó á todas, pues dejó á la pobre mujer sin vida en menos de cuatro minutos.

«Prendiéronle inmediatamente, y puesto en la cárcel con muchas cadenas al cuello y

cepos á los piés, le juzgaron aquel mismo día y le condenaron á muerte; cuya sentencia iban á ejecutar otro día. Ya estaba la horca levantada y todo el pueblo en la plaza aguardando la ejecución: ya le sacaban y llevaban al patíbulo; cuando subiendo uno del pueblo á caballo encima de los hombros de otro, dijo: «Qué ís á fer, hijos de Almudévar? ¿Con que enforcareis á ho herrero que solo tenemos uno? Y ¿qué faremos después sin ferrero? ¿Quién nos luciará has rellas? ¿quien ferrará has nuestras mulas? Mirad lo que mocurre. En vez de enforcar á ho ferrero que nos fará después muita falta, porque yé solo, enforquemos un teisedor que entenemos siete en ho lugar, é por uno menos ó más no hemos dir sin camisa.» ¡Tiene razón! tiene razón! gritaron todos; enforcar un teisedor ¡un teisedor!.. un teisedor!.. Y sin más que esta voz y grito cogen al primero de ellos que toparon por allí, le llevan á la horca, le suben y le ahorcan, y ponen en libertad al herrero.»

¿Ha ganado plaza el susodicho Bartolillo entre los Juanes y Pedros famosos, que son, entre otros: Juan Lanas; Juan de las Viñas;

Juan de Leganés; Juan Tarafe; Juan de Esperaen Dios; Juan del Carpio, el del barato; Juan Zane; Juan Blanco, como llaman al negro; Juan sin miedo; Juan de la Torre, á quien la baba le corre; Juan Pordemás; el Preste Juan de las Indias; Juan de la Encina, el de los disparates; Juan de buena alma; Juan Palomo; Juan de Ateca, el del perro que antes de que le den se queja; Juan Pérez, por quien se dice «á quien Dios se las diere, Juan Pérez se las bendiga,» si no miente en su *Historia de Historias* el Dr. don Diego Torres Villarroel; don Juan de la Pelindrica; el tío Juan Díaz, que ni iba ni venía; Juan Danzante, que dió origen á la frase «¡Viñas y Juan Danzante!»; Pedro de Urdemalas «ó todo el monte ó nada!» *Petrus in cunctis*; Perojimenez; Perogrullo; Pero-Botero; Perotierno; el Rey Perico; Perico, el de la pata tiesa; Perico, á quien Dios hizo de menos; Perico, pintado por Dios en un decir Jesús; Perico el de los palotes, como dice Covarrubias, ó Perico de los palotes, según otros; Perico, ó Periquito entre ellas, y Periquillo Muñoz, de quien está lo que está de Dios?

¿Puede el Bartolillo de mis culpas habérselas en celebridad con Vargas, el Averiguador; Cardona, el más listo de los listos; el Padre Cobos; Lucas Gómez; Calleja, que no sé quien fué, aunque todos los días oigo decir «sépase quien fué Calleja,» y á quien no he visto, por mas que Cervantes dijo; «¡Se verá quien fué Calleja;» Mambrú; el médico del agua; Barceló, célebre por el mar; Zafra y Bigote, dueños en muerte de las cataratas del cielo; Bonifacio, el que, según Quevedo, dijo: «Yo soy Bonifacio, que todas las cosas masco;» el moro Muza; Cachano, á quien llaman con dos tejas; el tío Alegría, dueño del perro,

que para ladrar tenía
que arrimarse á la pared;

Lucas, el de la galga, ó el de los galgos, porque discrepan los autores; don Diego Osorio, el de las canas prematuras; Sarra, más viejo que un palmar; Bártulo, el sabio; doña María, la de los pollos que le pedían agua y ella les daba cecina; Aja, que no tiene que comer y convida huéspedes; el beneficiado de Churriana; Orozco, á quien todos cono-

cen; García, el de la ventura, que debió de ser mala por demás; Mari-gargajo, la del escrúpulo, parecida á la aseada de Burguillos, á Mari-comino y á la relimpia del Horcajo; Mari-Morena, tabernera de Corte; Oldrado, por quien se dijo:

Consejo de Oldrado,
pleito acabado;

Muñoz, que miente más que vos (y no lo digo por Vmd); el otro Muñoz, que quiere lo que no quiere Diós; Alonso, á quien todos dicen «villanos mátente, Alonso»; don Rafael, el del postigo; el patrón Araña, capitán, según otros; Marta que bien canta después de harta, y que tales tragaderas tiene que dice «Muera Marta y muera harta;» la misma Marta, la de los pollos que piden pan y danle de agua, y ván siempre con ella, por lo que se dice «allá vá Marta con sus pollos».

¿Significa menos el de Pontevedra, que mi hija Antonia, que fué á misa y vuelve á nona; el físico de Orgaz, que cataba el pulso en el hombro y los orines en el matraz; el bachiller Trapazas; el licenciado Talega; Vicente, el que llevaba la mujer hilan-

dera y le decían los muchachos «hilandera la llevais, Vicente, quiera Dios que os aproveche»; Caparrota, cuyo asunto al fin y al cabo se arregló; Sancha, que quería beber y no tenía blanca; Tamayo, á cuya casa vá el rayo; Sancho, el que dió nombre al buen callar, y Sancho el del rocín; el guapo Francisco Esteban; Marina, de quien se dice «si Marina bailó tome lo que halló», y aquella otra Marina, á quien duele el tobillo y sánanle el colodrillo; don Bueso, el único de los nacidos á quien dan carne sin hueso, por aquello de que «carne sin hueso no se dá sino á don Bueso»; Pascuala y Pascual, tal para cual; Miguelejo, que supo desquitarse, porque «perdió un ducado y ganó un conejo»; Sancho, que sana con lo que Dómingo adolece; Nicolás, que parte para sí lo más, y Agrajes, que si bién pudo decir muchas cosas, solo se sabe con certeza que «dijo ¡Ahora lo veredes!»?

Vmd., señor Licenciado, me dirá si Bartolillo, que fué todo un cachidiablo, tiene menos merecimientos, para alcanzar la inmortalidad, que Ambrosio, el de la carabina;

Bernardo, el de la espada; el negro del sermón; Juanelo; Maricastaña; el bobo de Coria; Carracuca, Picio y el sargento de Utrera, los tres feos más famosos; Aparicio, el del aceite; Maese Coral; los nueve de la fama; el de marras; el otro; el rey que rabió por gachas; el que asó la manteca; Gálvez, de quien se dice que ayunará mañana, como de Godoy se dice «mañana ayunará Godoy, á á fé que no es hoy; Briján, sabio como Merlín; Vicente, que va donde va la gente; Blas, el del punto redondo; Caco y Geta, ladrones como Candelas; Fulano, Mengano, Zutano, Perengano y Perencejo, cinco caballeros particulares que por todas partes entran y salen; Garivay, cuya alma, si va á decir la verdad, yo no sé como estará; el tejedor del Villar, que huelga toda la semana y el domingo quiere trabajar; Miguel, que bailará muy bien cuando todos decimos «vamos á ver como baila Miguel»; Marica, á quien buscamos en Rávena, como á Antúnez en Portugal; Pablo, que habrá guardado mucho si ha hecho lo que le recomendamos, «guarda, Pablo»; Menga, que no se si habrá encontrado cosa

que le convenga; Sancho Martinez, el del callar bueno, bueno; Orbaneja, el pinta-gallos; Mauleón, el poeta tonto y académico de la de los imitadores, según Cervantes; el general ¡No importa! y el general Mil-hombres; la judía de Zaragoza, que cegó llorando duelos agenos; Jorge, que conserva todavía la oreja de que muchos tiran; Payo, que ha miedo porque reza, y el alcalde Juan Llorente, el del asno rucio, según dice aquel antiguo romance, que comienza:

Ensillenme el asno rucio
del alcalde Juan Llorente.

Yo creo, señor Licenciado, que Bartolillo no vale menos que Fray Modesto, que nunca llegó á prior; el Abogado Carranque, que ganaba los pleitos chicos y perdía los grandes; Martín, que cada día es más ruin; el Rey don Alonso, el del baile y por quien se dice «no lo tengo en el baile del Rey don Alonso; Miguel, que vende miel y no tiene colmenas; Beltrán, que cuando habló, habló por su mal; el Padre Quieto, con quien yo suelo estar en estos días del frío invierno; la Chula, perdida como ella sola; Antón Perulero y Antón el

que tiene huntado el hocico;el tío Perete; Pero-Díaz, quien, si Vmd. le saluda, diciéndole «buenos días, Pero-Díaz», le contestará incontinenti «más querría mis dineros»; Doña Toda, sin la que no hay boda; *Trotaconventos*, madre natural de la *Celestina*; Mari-Zápalos; la Dueña Quintañona; Maitornes; la Castellanos, que es presumida como ella sola, porque no se cansa de decir «bonita soy yo, la Castellanos»; la Pepa, que vivirá más que Matusalem, si se logran los deseos de todos los que exclamamos á menudo «¡Viva la Pepa!» Don Diego de día; don Diego, ó don Pedro, de Noche, y el lindo don Diego; Marisabidilla; la dama de la media almendra; la señorita del pan pringado y las tres hijas de Elena; Araña, Concha y Cortés; el tío Paco, que viene siempre con la rebaja; el niño zangolotino; el niño de la Bollona y los niños del Quitoli, á quienes llevaban en brazos á la confitería, é iban llorando; la novia de Rota, que se quedó aderezada y sin novio; el enano de la venta; el pastor de Mejorana, que se comió el cordero y dejó la lana; Domingo Jimeno, que por su mal vió el ajeno; Mendoza,

el del pleito que no se acaba nunca; María, de quien se dice «cual es María, tal hijo cría» Lepe, Lepico, ó Lepijo, y su hijo; el Alcalde de Ciudad-Real, que sabía prender y no sabía soltar; el corregidor de Almagro, que, como el de Trebujena, se murió de disgusto porque á un su convecino le sacó el sastre el chaleco corto; Fernando y Benito, los de las purgas, y el otro Benito, el de los amigos; el barquero de las tres verdades, y el que metió los galgos en el monte.

Creo yo que el bueno de Bartolillo presume ponerse al lado de los más pintados, como el Abad de la Redondela, de quien se dice que «si bien come, mejor cena;» Marizapalos; Diego Moreno; la dueña Quintañona; Mateo Pico; Benitillo, que dió ocasión al proverbio «mi hijo Benitillo, antes maestro que discípulo;» el maestro Ciruela; Alexandre, de quien se dijo «si Alexandre es cornudo, sépalo Dios y todo el mundo»; el de marras; el Rey Palomo, que, como el Juan de su apellido, él se lo guisa y él se lo come; Arbalias; Miguel de Vergas, ó de Vargas, según otros; Alvarez, por quien se dice,

«llamen á Alvarez»; el Santo Macarro; el Santo de Pajares; San Ciruelo; San Lentisco; San Juan de Estopa; San Porro; San Acá y San Allá; San Hinojo; la manceba del abad; Fray Jarro; Gabriel, que medró de contray á buriel, según reza el antiguo proverbio «medra Gabriel, de contray á buriel»: el que inventó la pólvora; el ruín de Roma; Turpín, embustero como él solo; Fierabrás; Cañete, á quien Dios hizo de menos; el fraile mostén; don Tello, por quien se dice «don Tello, así anda ello»; la Perala, cada día más mala; Segura, á quien llevan preso; Baithos, que se entraba por los mandamientos como lo que era; Torquemada, el del asno; Antona, á quien decía su novio «yo molondrón, tú molondrona, cásate conmigo, Antona»; Marta, que mentía á maravilla, si es verdad lo de «mintió Marta, como sobescrito (*sic.* V. C. Oundin) de carta»; la Gómez, á quien dijo su padre «hija Gómez, si bien te lo guisas, bien te lo comes»; Mingo, el galán por autonomasia; el gaitero de la aldea, que dió ocasión á la frase «aquí estamos tú por tú, como el gaitero de la aldea»; Crespa, á quien se dice

«tal te quiero, Crespa, aunque seas tiñosa»; Taquino, malo de remate; el que nos trajo las gallinas; el tonto de Cerezo y los tontos del tio Pajón, que parecen tontos y no lo son; Montalvo, el que casó en Segovia; Pedro Espiga, dueño del cortijo donde, según es fama, á quien no manda lo despiden, y, finalmente, Villadiego, el de las calzas.

Ya que he citado á Villadiego, á quien en tiempos tuve por un mozo hecho y derecho, quiero que Vmd. me saque de dudas, aclarando un punto sobre el cual los autores han acumulado tinieblas. En otros tiempos creí yo que Villadiego vivió en estas tierras de España, y que alcanzó celebridad por la ligereza de sus piés, merced á la cual escapó de un peligro grave; de donde supuse nació la frase proverbial «tomar las de Villadiego», equivalente de «tomar las del martillado», «poner piés en polvorosa» y «alzarse de eras», en el sentido que la tomaron nuestros primeros autores, entre éstos don Juan Ruiz de Alarcón, quien hizo decir á uno de los personajes de su comedia *Los pechos privilegiados:*

culpa á un bravo bigotudo,
rostriamargo y hombrituerto,
que en sacando la de Juanes
toma las de Villadiego.

Me confirmaban en mi creencia la autoridad de Covarrubias, según el cual «Villadiego se debió de ver en algún aprieto y no le dieron lugar á que se calzara, y con las calzas en la mano se fué hullendo»; y aquella tan conocida décima, que dice así:

Villadiego era un soldado
que á San Pedro, en ocasión
de estar en dura prisión,
nunca le faltó del lado.
Vino el espíritu alado,
y, lleno de vivo fuego,
le dice á Pedro: «sal luego;
toma las calzas, no argullas;»
y, por ponerse las suyas,
tomó las de Villadiego.

Leí luego en La *Celestina* la frase «tomar calzas de Villadiego» y á punto estuve de caer de mi burro; y digo que estuve á punto, porque esta es la hora en que, por lo que veo, sigo á lomos de mi rocín. El Villa-

diego de la frase—me dije—no es un hombre, sino un pueblo con sus casas, sus calles, sus vecinos y sus calzas, que debieron de ser famosas y fabricadas apropósito para correr desembarazadamente. Por si me asaltaba alguna duda, leí, no recuerdo donde, que el Dr. don Francisco del Rosal, médico natural de Córdoba, que formó un diccionario etimológico en los primeros años del siglo XVII, dijo que *Villadiego* es composición de *Villa de equo* (nombre que tuvo en lo antiguo esta población, acaso porque habría algún caballo de piedra sobre una de sus puertas), y que el refrán aludía al caballo, al cual se acoge quien anhela escapar de un peligro seguro.

Pero he aquí que un día cayó en mis manos la obra de Bastús *La Fisolofía de las Naciones*, y leí en el prólogo de Hartzembusch, que quizá en su origen la frase sería «tomar calzas de *villariego*,» esto es, «tomar calzones de andarín», y que quizá los andarines, para moverse más libremente no llevarían calzas, sino zaragüelles ú otra vestimenta de muslos y piernas, que no se los sujetase co-

mo las calzas «Tomar calzas de villariego —escribe el inolvidable don Juan Eugenio— quería decir correr sin ellas, huir sin aguardar á más, escapar dejándolo todo. Así en la tal expresión no se aludiría, ni á Villadiego hombre, ni á Villadiego pueblo, sino á los *villariegos, viariegos, andariegos* ó *andarines* de cualquier parte: desde luego no se puede aludir á las alforjas que hacen en Villadiego, ni á las alpargatas que se usan para caminos largos y penosos, porque en la frase antigua se dice *calzas*, y las alpargatas nunca han sido calzas, esto es, calzones; y en cuanto á las alforjas, tratándose de huir, lo primero que se hace es tirarlas». Tenga Vmd. en cuenta, señor Licenciado, que, según el mismo Hartzembusch, en una colección muy copiosa de adagios, ordenada por un don Luis Galindo, que tiene manuscrita la Biblioteca Nacional, en vez de *tomar las de Villadiego*, se lee *tomar las de villariego*; y refiriéndose al Diccionario de Franciosini, se expresa que *villariego*, además de otra significación, tiene la de caminador.

Tentado estuve, después de la lectura del

prólogo, á apearme por las orejas de mi ya dicha cabalgadura, y á jurar y perjurar que la voz *villadiego* era corrupción de *villariego*; que en Villadiego las gentes nunca tomaron calzas para correr; porque las calzas de allí fueron como las de aquí, que no tuvieron otra virtud que la de abrigar las carnes y tapar lo que es bueno que esté á la sombra; y, por último, que la frase proverbial *tomar las de villariego,* ó *tomar calzas de villariego*, es irónica, porque se ha de tomar en sentido contrario del que expresa la letra.

¡Buena la hubiera hecho! Ha poco leí en el *Almanaque de la Ilustración Española y Americana* un artículo, que viene á borrar como con esponja cuanto hasta ahora se ha escrito de la frase proverbial en cuestión. Según el autor de dicho artículo, un muy querido amigo mío, el «modismo *tomar las de villariego* no figura en ningún diccionario de nuestra lengua, ni en ningún texto escrito de nuestros primeros hablistas; y bien pudo ser tergiversación del copiante, porque los que corren y ván de acá para allá, de villa en villa ó de ceca en meca, nunca fueron

otra cosa que *peatones*, *andarines* ó *andariegos*», razón por la cual las sospechas de Hartzembusch no tienen sólido fundamento.

El verdadero origen de la expresión proverbial *tomar las de Villadiego* está, según mi amigo, en la Encomienda ó privilegio que el Rey Fernando III concedió á los judios de Villadiego, «que son poblados en el solar del hospital de Burgos»; en la cual Encomienda mandó el Santo Rey que hubiesen el fuero que habían los otros judíos de su reino; prohibió que los prendiesen, «sino por son propio debdo que devan», y señaló penas para los que les hicieren mal.

Y no sólo está el origen del modismo en el privilegio que es dicho, y con el cual el Rey proporcionó á aquellos judíos un lugar seguro, librándolos de las persecuciones en Burgos y Toledo, sino también en la obligación impuesta á los mismos de «llevar un distintivo delator para que se reconociesen á la simple vista; ni más ni menos que como las aves del corral, que, según el diccionario de nuestra lengua y la tradición rústica, llevan calzas de color en las zancas para que

el amo pueda distinguir los gallos de los pollos». Pero oigamos al articulista; porque bien podría suceder que yo no alcanzara el sentido de sus palabras y le levantase un falso testimonio. «Que los hebreos usaron calzas como los latinos hispanos, nó cabe duda por lo que resulta de muchos ordenamientos; cómo fueron esas calzas y qué tenian de común con las de Villadiego, es lo que debemos congeturar para aclarar el concepto. En la Celestina se acentúa de un modo notable la utilidad de las calzas de Villadiego, «que se han de tomar á la primera voz de alarma». Ellas, como el talón alado de Mercurio, parece como que han de llevar lejos del peligro al que se las ataque á tiempo. Esto justamente acontecía á los hebreos de Burgos y Toledo en aquellas horas de angustia en que se decidían los castellanos á cazarlos en sus propias alhamías, que, por esto mismo, parecían madrigueras. Remisos en dejar sus lares, á pesar de las franquicias que Villadiego les proporcionaba, huían sin embargo á la primera señal de alarma como tímidos corderos, abandonando

muchas veces á sus enemigos los trebejos más queridos de sus pobres hogares cuando no les daba tiempo para entregarlos á las llamas. Protegidos en este caso por los procuradores del Monarca, abandonaban las ropas castellanas ó puramente hebreas que solían usar, aun prohibiéndoselo los mandamientos, y se *calzaban* los distintivos que habían de usar en su nueva tierra de Villadiego, como colonos y pecheros del Rey Alfonso».

Finalmente, el autor del artículo dice, que dos suposiciones igualmente lógicas pueden hacerse en lo que á las calzas de Villadiego toca, si eran calzas propiamente dichas, ó si, por el contrario, no fueron otra cosa que un distintivo de color amarillo, que podía consistir en una *cinta*, *liga* ó *calza* en la pierna ó un brazo.

No sé ya, señor Licenciado, á qué carta quedarme en lo del origen de la expresión proverbial que tanto da que escribir; y temeroso, si pongo por esta ó la otra explicación, de que mañana salga nuevo rebuscador de antiguallas, diciendo que me equivoco de

medio á medio, acudo á Vmd. y de su ciencia me amparo, pidiéndole me ilumine en caridad y me diga quien está en lo cierto, si es don Francisco de El Rosal ó Covarrubias; si don Luis Galindo y don Juan Eugenio Hartzembusch, ó el autor del artículo publicado en el *Almanaque de la Ilustración Española y Americana*.

En la *Visita de los chistes* refiere Quevedo que se encontraron Villadiego y Vargas, y que aquel dijo á éste: «Señor Vargas, pues vuesamerced lo averigua todo, hágame merced de averiguar quién fueron las de Villadiego, que todos las toman; porque yo soy Villadiego, y en tantos años no lo he podido saber, ni las hecho menos, y querría salir, si es posible, de este encanto». No debió haber averiguado Vargas lo que Villadiego le preguntaba, cuando contestó: «Tiempo hay; que ahora ando averiguando cuál fué primero, la mentira ó el sastre; porque si la mentira fué primero, ¿quién la pudo decir si no había sastres? Y si fueron primero los sastres, ¿cómo pudo haber sastres sin mentira? En averiguando esto, volveré».

¡Qué mucho no haya averiguado este humildísimo servidor de Vmd. qué es eso de las calzas de Villadiego, si el bueno de don Francisco de Vargas, que lo averiguaba todo, no pudo averiguarlo!

En *La Pícara Justina*, de Francisco López de Ubeda, leo: «Moza, abre esas ventanas, que, según me hiere de concetos esta cholla, no hay papel en casa de *Anica la papelera*, ni tinta en los tinteros para comenzar á discautar...» ¿Tiene Vmd. alguna noticia de la tal Anica? ¿La ha visto citada en otro autor? ¿Sería *Anica la papelera*, en aquellos tienpos, lo que en los nuestros *Maria Papeles*, hembra á la que el pueblo andaluz trae á colación cuando quiere ponderar las exageraciones y aspavientos de una persona notable por sus embustes?

Otra duda me ocurre, por ahora, y no quiero quedarme con la pregunta en el buche. Escribe don Modesto Lafuente en su Historia de España, al tratar de la marcha de Carlos I sobre Túnez, las siguientes palabras: «Asustáronse muchos al ver tan espesa masa de enemigos, y como alguno lo

manifestase así al Marqués de Aguilar: «Mejor, contestó éste, así venceremos á más y será mayor el despojo; *á más moros más ganancia*»; frase que desde entonces quedó en España como adagio popular». Yo respeto mucho al famoso Fray Gerundio; sus palabras son sentencias para mí, y, sin embargo, pregunto á Vmd.: ¿Estuvo en lo cierto al señalar el origen del adagio? Recuerdo haber leído en un romance intitulado *El Unicornio*, compuesto por don Francisco de Quevedo y Villegas, los versos que, con perdón copio, y dicen así:

A más cuernos más ganancia,
dicen los casamenteros;
que á más moros sólo el Cid
y Bernardo lo dijeron.

Que en lo de la invención de la frase hubo de andar el Cid, lo confirma aquel antiguo romance, que comienza:

Aquese famoso Cid
con gran razón es loado;

y en el cual se encuentran estos versos:

—No temais, doña Jimena
y fijas que tanto amo,

mientras que yo fuese vivo
de nada tengais cuidado,
que los moros que aquí vedes
vencidos habrán quedado
y con el su gran haber,
fijas, os habré casado:
que cuantos más son los moros,
más ganancia habrán dejado.

Vmd. me dirá, también en caridad, cual sea el origen de la expresión popular á que me he referido; si se lo colgamos al Marqués de Aguilar, ó lo relegamos á los tiempos del Cid Campeador.

No quiero molestarlo más con mis impertinencias. Acaso otro día, si Dios fuere servido y la paciencia de Vmd. no se ha agotado, le preguntaré por algunos personajes de los cuales no he hallado noticia alguna, aunque es proverbial su fama.

No se me oculta que muy es difícil, si no imposible, conocer de pe á pa la vida y milagros del mayor número de ellos. De mí se decirle, que he tragado mucho polvo y que he sudado inútilmente, inquiriendo de aquí para allí.

La antigüedad no se curaba mucho del mérito de sus hombres en relación con la posteridad. Celebrábalos en vida, ponderaba sus excelencias, los colmaba de honores y riquezas, ó los dejaba morir de hambre en un rincón; pero no perpetuaba en mármoles, bronces y pergaminos todos y cada uno de los actos de su vida, para que los eruditos de lo porvenir no anduviesen desorientados. ¡Cuán diferente nuestra edad dichosa! Hoy, en libros, folletos y periódicos estampamos la *vera efigies* de. toda celebridad, y consignamos al día los pormenores de su vida. Nuestros nietos sabrán de nosotros al dedillo lo que nosotros ignoramos de nuestros antepasados. ¿Qué sabemos del Bobo de Coria y de Perico el de los Palotes? Pues de los Bobos y los Pericos de hoy, los que vendrán mañana contemplarán los retratos, y sabrán cuando salen de sus casas para ir á las del vecino, y cuando paren sus mujeres, y cuando les bautizan los hijos, y otras muchas cosas á este tenor. Tanto pensamos hoy en la fama póstuma, que no tardará mucho el día en que todos los nacidos tengamos un perió-